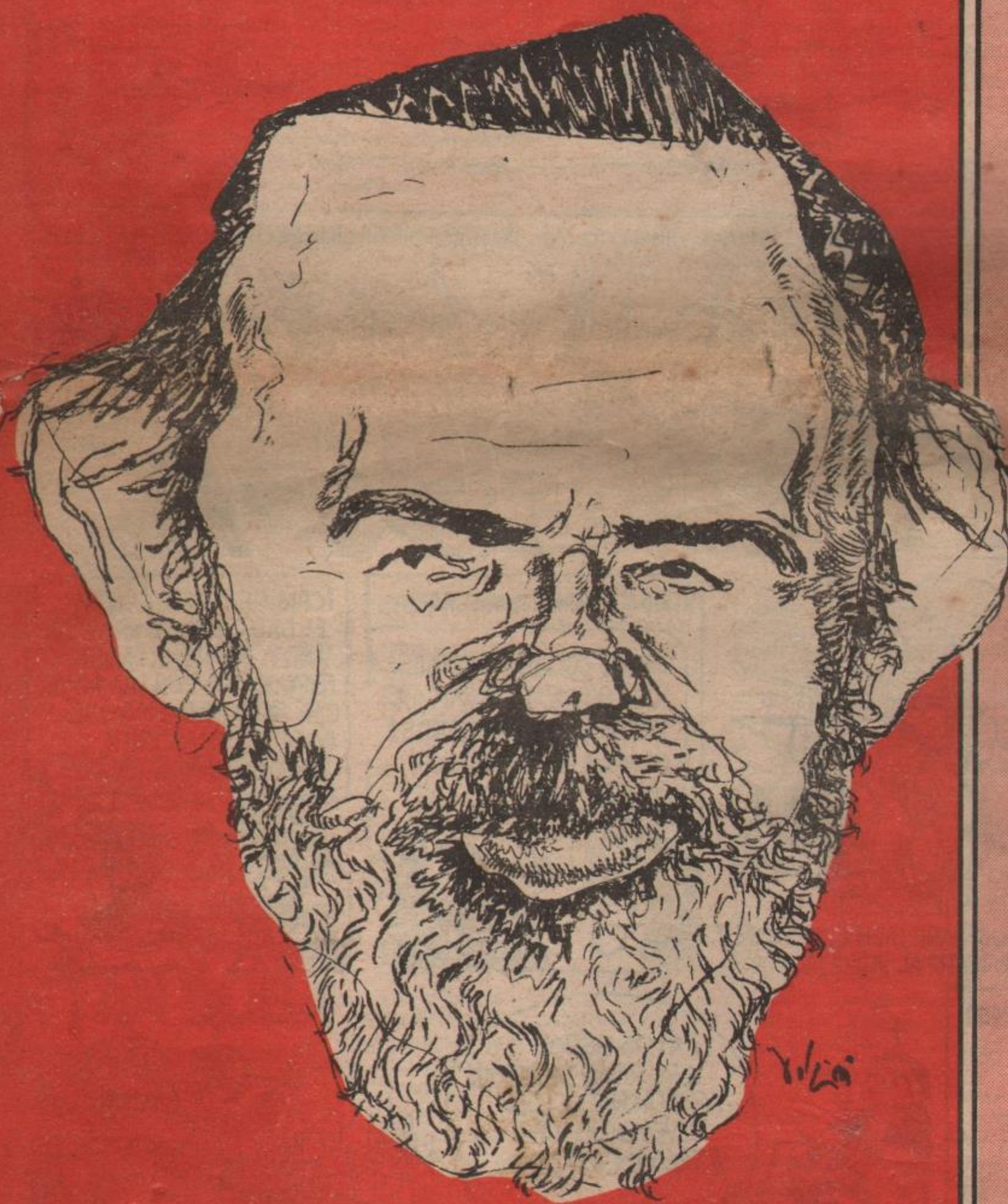


EL ESCRITOR ENTRE TODOS

ELISEO DIEGO



POR PEDRO ORGAMBIDE

Voy a misa —dijo.

Lo vi perderse por las calles de La Habana Vieja. Una campana sonó en el aire límpido, en el cielo sin nubes.

De pronto me dije que esa imagen correspondía bien a la prosa del hombre que se encaminaba hacia la iglesia: clara, transparente, enamorada de la difícil sencillez. También a su poesía. "Así es Eliseo" —pensé. Entre los deslumbrantes ramajes del barroco de Lezama Lima (que fue su amigo) la presencia de Eliseo Diego muestra otra forma de comunicar la belleza: con cierto recato, con el buen gusto y la cortesía hacia el lector que, en nuestro tiempo, pueden parecer virtudes anacrónicas. Como ir a la iglesia en un país socialista. Algo que en Eliseo Diego no es para nada contradictorio.

Eliseo Diego nació en La Habana, en 1920. Perteneció a una generación educada en la frecuentación de las literaturas, en el arte de las traducciones, en la costumbre del diálogo y la amistad literaria. De fe católica, lector de los humanistas, no fue ajeno a las desventuras de su pueblo, a las luchas que libró a lo largo de su historia. Por eso admira a Martí, por eso, también, asistió alborozado a la caída del dictador Batista en 1959. Desde 1942, año en que publicó su primer libro, Eliseo Diego es una referencia insoslayable de la literatura cubana. Fue, también, uno de los animadores de la revista *Orígenes*, que en la década del 40, anticipaba algunos nombres hoy famosos en el mundo, como el de Lezama Lima o Alejo Carpentier.

Perteneció, entonces, a esa generación inmediatamente anterior a la revolución cubana, muy sensible a los cambios formales de la literatura, pero muy sensible también a los cambios políticos que se operaban en ese tiempo: la guerra civil española (donde el cubano Félix Pita Rodríguez conocería a nuestro Raúl González Tuñón) la segunda guerra mundial, el ascenso y caída del nazifascismo, la presencia imperialista en Cuba, la *negritud* (dos hechos tan presentes en la poesía de Nicolás Guillén) una generación que vivió esos cambios en alma propia, para decirlo de algún modo.

Antes y después de la revolución, Eliseo Diego fue fiel a sí mismo. Y fiel a su buen Dios, como decía Rilke en sus cuentos, de parecida atmósfera a los relatos de Eliseo Diego. A Dios y la gente y la humanidad que hay que defender de la destrucción. Eliseo Diego es un escritor participante. Trabaja mucho, asiste a reuniones y congresos, habla con los jóvenes. Un escritor entre todos, al fin.

Conocí a Eliseo Diego, hace algunos años. Un día, en el malecón de La Habana, mientras mirábamos el mar, él comenzó a discursar acerca del ensayo, a discursar el pensamiento. En ningún momento hizo alusión a su propia obra (*Divertimentos*, *En las oscuras manos del olvido*, *Muestrario del mundo* o *Libro de las maravillas de Boloña*, *En la calzada de Jesús del Monte*, *Versiones*, *Nombrar las cosas*, *Noticias de la Quimera*, etc.). En cambio, a partir de Montaigne, monologó sobre la sencillez con que uno habla de un viejo conocido. Palabras claras, luminosas, que Eliseo pronunció con modestia. El mar se embravecía junto al malecón y levantaba una gran ola de espuma que cayó sobre nosotros. Nos reímos de ese llamado de la realidad. Con las ropas mojadas seguimos caminando, mientras Eliseo evocaba las novelas de Dickens.

Todo le es familiar: las voces de la gente, su música, las molduras de los edificios, los olores de La Habana Vieja, filigranas de una antigua etiqueta de cigarrillos, versos en inglés, textos franceses, esa erudición que ahora se puede compartir, lo mismo que el pan. A Eliseo le gusta eso. Que se repartan los alimentos y el saber, como quería Jesús. Para todos, esos romances españoles que él conoce muy bien y que hacen a nuestro idioma. Para todos, esa primera prosa del conde de Lucanor que él recrea para sus lectores, mientras cita a Miguel de Cervantes. Todo le es familiar. Se lo ve contento con su gente. Y preocupado y solidario con los desposeídos del mundo, "la sal de la Tierra", que recuerda el Evangelio.

—Voy a misa —dijo.

Y yo me quede pensando en el sentido de su oración ■

FRAY MOCHO

Apellido: Alvarez
Nombres: José Ciriaco o Sixto Seferino
(o Zeferino)

por Pedro Orgambide

Alguna vez lo habrán anotado así, agregando que nació en Gualeguaychú, en la provincia de Entre Ríos, en 1858. Así se llamaba en verdad, aunque para la literatura y para el pueblo sea, simplemente, Fray Mocho. Fue este seudónimo el que le dio nombradía, sobre todo a partir de la fundación de **Caras y Caretas**, en 1898, donde aparecieron muchos de sus cuadros de costumbres, bocetos, viñetas de la vida de la ciudad, en donde convivían, en conventillos, talleres y curtiembres, los inmigrantes de ultramar con los hijos del gaucho vencido. Al fin, eran como él: hombre del campo venido a la ciudad, provinciano que hace suyo el lenguaje porteño de la marginación y la dura lucha por la vida, escritor entre todos.

Fue el escritor con "más oreja", con mejor oído para registrar el habla coloquial de la Argentina de fines de siglo. Sin duda. En 1897 publica **Un viaje al país de los matreros (cinematógrafo criollo)** donde se oyen las voces de Juan Yacaré, Aguará, Ño Ciriaco o Chacha Mora, voces del campo que la alambrada y el winchester dejaban para el latifundio. A diferencia de los cultos escritores de la generación del 80, él no idealiza al campo; lo vive desde la peripecia de su gente. Sabía algo de eso. Criado en una estancia entrerriana, hasta los doce años, aprendió los trabajos y también las historias de la peonada, el respeto por el gaucho alzado, por el perseguido y el cantor.

Esa fue su primera enseñanza. En 1872, ingresó en el internado de Concepción del Uruguay. Estudiante pícaro, algo revoltoso. Ya hombre, contará alguna travesura que tiene como blanco a Sarmiento, el presidente que visita al colegio. Indócil. En 1875, estudia, becado, en la escuela normal de Paraná. Lo acusan de dirigir una revuelta estudiantil y lo expulsan. Resigna así un probable título de maestro y viaja a Buenos Aires, donde se inicia en el periodismo. Comienza a oír las voces de la ciudad: la de los vagos y "mal entretenidos", la de los buscavidas, los pícaros y las familias "venidas a menos". Hombre de la calle, repórter, cronista profesional y escritor aficionado, que comienza a firmar con los seudónimos de Nemesio Machuca y Fabián Carrizo. Irreverente. Llama **esmeraldas** a sus cuentos mundanos "por el color verde de sus asuntos".

Era Fabio Carrizo todavía cuando publicó **Memorias de un vigilante**, memorias de un provinciano en la ciudad en la que puede verse la identificación emocional del autor con su personaje. Se parecen, sí. El ex soldado del Sexto de línea, transformado en vigilante, traza una conmovida y a la vez despiadada visión de la ciudad opulenta, donde coexisten ladrones y niños bien, aprovechados, arribistas, mercachifles y criollos y gringos que aprenden las estrategias para sobrevivir en una sociedad donde todo es, como él decía, "apariencia y acomodo".

A los pequeños ladrones, a los que conoció cuando era el benévolo comisario José S. Alva-



rez, no los juzga con rigor. Al contrario. En un álbum de fotografías comentado por Fray Mocho, **Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires y sus maneras de robar**, hay una pintoresca galería de "punguistas", "campañas", "escruchantes". Pero el ocasional comisario, el escritor, no se engañaba: los más peligrosos ladrones eran otros, los que ya entonces trocaban la patria arrebatada al indio y al gaucho derrotados, por una incipiente patria financiera.

"Escritor menor", dijeron. "Cuenta lo que ve, no sabe imaginar", dijeron. Tal vez por eso (o simplemente porque se le dio la gana) escribió un libro de prosa pulida: **En el mar austral** (1898) donde aparece un paisaje que él no conocía y que tiene como personajes a los aventureros del sur, loberos que andan por los páramos de los indios onas, yaganes y alacalufes; gente y paisaje y aventuras en la Tierra del Fuego, con

cazadores de ballenas, mineros, lobos marinos, pingüinos y avutardas.

Bello libro. Pero prefiero los otros, los apegados a las voces de la calle y el campo, los menospreciados libros de un gran escritor que la cultura elitista no supo valorar. Mi amigo Jean Andreu, hispanista francés, decano de la Universidad de Toulouse, comparte esta opinión. Una vez me dijo que Fray Mocho era nuestro Boccaccio, el que mejor había trabajado esta "lengua vulgar" que comenzaba a ser el "idioma de los argentinos". Ese idioma lo sobrevive en las estampas de **Salero criollo**, publicado después de su muerte, la que ocurrió en 1903. Allí podemos ir a buscarlo y ver al escritor entre todos: entre los gringos y provincianos y compadritos y lavanderas y criollas que se van contoneando por la vereda, con sus fardos de ropa sobre la cabeza, mientras el último payador entona la convicción de ser un argentino hasta la muerte. □

HUMBERTO CONSTANTINI

por Pedro Orgambide

Yo era un chico que admiraba a ese escritor adolescente, con quien compartía la precoz afición por la literatura, la política y los tangos. A mí me asombraban entonces los conocimientos de mi amigo, sus dotes de versificador, sus lecturas en italiano, su aptitud para descifrar las palabras hebreas y para describir las costumbres errantes de los pájaros.

Hablo de Humberto Constantini, nacido en Buenos Aires en 1924, quien, de joven, ejerció su profesión de médico veterinario en pueblos de campaña y que más tarde trabajó como investigador científico. Pero el lector de Pirandello, el admirador y amigo del poeta Mario Jorge de Lellis, solo quería escribir, dedicarse totalmente a la literatura.

No era fácil, había que ganarse la vida, como todos. Y Humberto Constantini intentó los más variados trabajos: oficinista, corredor de comercio, ceramista; aunque lo que quería, como digo, era sólo escribir. Uno cruzaba el patio de la vieja casa, en el que jugaban sus hijos, y llegaba al galpón donde Constantini escribía sus cuentos, robándole horas a cualquier rutina.

En 1958 publicó su primer libro de relatos: **De por aquí nomás** y en 1963, el segundo: **Un señor alto, rubio, de bigotes**. Le bastaron estos dos libros para perfilarse como uno de los narradores más significativos de la Argentina y así lo entendieron los jóvenes de la llamada generación del '60, que reconocieron en él a un maestro. En 1963, también publicó **Tres monólogos** de teatro y un año después **Cuestiones con la vida**, un libro de poemas que acompaña su peripecia vital y que fue creciendo en sucesivas ediciones. En 1966, Constantini publica otro libro de cuentos: **Una vieja historia de caminantes**. Allí se afirma la presencia de este narrador que cuenta historias cotidianas exasperando los límites de la realidad hasta la alucinación y que transita, con igual soltura, calles porteñas o desiertos bíblicos.

El autor de memorables milongas, escribe a comienzos del '70, la versión tanguera del mito de Orfeo: **Háblenme de Funes**, relato a varias voces que espera aún la música de un gran compositor. Prosa con la cadencia del tango y el aire de la tragedia, que Constantini conoce bien por su frecuentación de los clásicos. Pero otras tragedias sucedían en nuestro país. De ellas deja testimonio Constantini en el **Libro de Trelew**. Aparecen **Más Cuestiones con la vida** y los cuentos de **Bandeado**. Son tiempos difíciles, años de entrañable amistad con otro escritor ejemplar: Haroldo Conti.

En esos años, Constantini comienza su novela **De dioses, hombrecitos y policías**. "La empecé a escribir en plena represión, en pleno terror. La seguí escribiendo porque sí, por vicio, digamos, para hacer algo en una época en que escribir parecía un disparate. Lo cierto es que, sin quererlo, el primer beneficiario fui yo; la realidad de la novela me arrancaba de la espantosa realidad de todos los días. No exagero si digo que me ayudó a vivir".

Esos originales son los que mi amigo traía en la valija, cuando nos encontramos en México. El exilio fue duro para él. No podía vivir sin Buenos Aires y se quejaba de la "luna chanta" que iluminaba las noches del otro hemisferio. Allí escribió cuentos hermosos, que fueron premiados; una obra de teatro, otra novela, poemas. Pero sufría mucho, lo

sé. Regresamos a la Argentina el mismo día, en el mismo avión. Constantini miraba las nubes como quien viaja en colectivo y observando las calles amadas. Esa noche, como era de esperar, anduvo deambulando por la calle Corrientes, frente al Obelisco.

Ahora otros jóvenes leían sus libros y se acercaban a él. Sus dos novelas: **De dioses, hombrecitos y policías** y **La larga noche de Francisco Sanctis**, más los cuentos **En la noche**, eran implacables testimonios del oprobio reciente. Esos textos, además, habían trascendido nuestras fronteras. Se leían sus libros en los Estados Unidos, en Israel, en Cuba, en Bulgaria, en Alemania, en los países escandinavos. Tenía nuevos y lejanos lecto-

res. Un millón en la Unión Soviética, por ejemplo. Entretanto, él seguía escribiendo otras milongas, otros poemas, otras cuestiones con la vida y publicaba un libro de teatro: **Chau, Pericles**.

Eramos vecinos otra vez, del mismo barrio. Nos encontramos, como cuando éramos jóvenes, para hablar, de literatura, de política y de tangos. Me mostró los originales de una vasta novela y me asombré nuevamente ante el vértigo de su prosa, frente a esa saga que recrea el Tiempo, donde las mujeres y los hombres repiten el camino de la diáspora y de los pájaros errantes.

Lo dejé trabajando, ajustando sus cuentas con Dios, como él dice. □



LUIS CARDOZA Y ARAGON

Los campesinos guatemaltecos cruzaban el río, rumbo a las tierras de México. Hufan de las tropas que diezmaban sus poblados. Alguno nadaba con su hijo a las espaldas; otro, con una marimba en los hombros. No puedo disociar esta imagen de la de Luis Cardoza y Aragón, ese hombre delgado, fino como un junco, cargado de años y de sabiduría. Porque a veces don Luis hacía un camino inverso al de los fugitivos, cruzaba hacia la tierra arrasada, prohibida para él, con una invisible marimba, en la que llevaba la música de la solidaridad y la poesía.

Esos dos sentimientos con forma de convicción: solidaridad y poesía, parecen sostener la larga vida de don Luis Cardoza y Aragón, el amigo de Picasso y Federico García Lorca, el poeta de vanguardia de los años 20 (cuando "París era una fiesta") el luchador que, a la caída del gobierno de Arbenz, no vaciló en oponerse con todas sus fuerzas a la dictadura, en animar a sus compatriotas a la reconquista de la libertad. Por ese entonces escribió **Guatemala, las líneas de su mano**. Corría el año 1955.

Por aquel tiempo, algunos jóvenes intelectuales guatemaltecos, exiliados en Buenos Aires (recuerdo al poeta René Barahona) solían leer el libro de Cardoza en voz alta o comentarlo con fervor en casa de Miguel Ángel Asturias. También Manuel Galich, autor de teatro y ex embajador de Guatemala, en alguna lejana reunión en el Teatro del Pueblo. El escritor y su libro, ya eran una sola cosa, un símbolo de la resistencia. Su nombre, tan musical, sonaba como el instrumento de los anónimos guatemaltecos, que se expresaban por él, con él.

Eran, es, a sus 85 años, un escritor entre todos; el que en 1924 publicaba su primer libro de poesía: **Luna Park**, el que deambulaba por La Habana con García Lorca (cuando escribían juntos una obra de teatro) el interlocutor de Picasso y de los muralistas mexicanos: Ri-

vera, Siqueiros, Orozco. Sobre ellos escribió con sentido crítico y con ellos a veces se peleó, porque Cardoza es amigo de sus amigos, pero más amigo de la verdad. En arte, en poesía, en política.

No soporto las novelas -recuerdo que nos dijo al uruguayo Carlos Martínez Moreno y a mí, ambos novelistas-. Fue en México, en el tiempo en que él escribía **El río, novela de Caballería**, un caudaloso texto que se acaba de publicar y en donde, violentando los géneros, Luis Cardoza y Aragón, "novela" parte de su vida y su ancha memoria, de sus "simpatías y diferencias" con Neruda, Rulfo, Carpentier, Vallejo, Eluard, Aragón, Artaud, Frida Kahlo, León Felipe y tantos otros.

Es hombre de palabra, no simplemente de letras; le preocupan poco los géneros literarios y los mezcla con gozosa libertad. Es poeta y narrador. Político también, como lo prueban sus numerosos artículos, libros como **La revolución guatemalteca** y **Guatemala, con una piedra adentro**.

La prosa de este guatemalteco fluye como la música de la marimba, recrea paisajes, gente, se interna en la fábula y el cuento, con la misma facilidad con que el campesino de su tierra reconoce diferentes cosmogonías, mitos, historias, que hacen a su vida, a su concepción del mundo. Es como ellos, pero con la palabra escrita. La que será de todos.

Luis Cardoza y Aragón, fue ilustre emisario de su país durante los gobiernos democráticos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, entre 1945 y 1955. Más tarde fue un proscrito, como tantos otros luchadores de América Latina. Y continuó su obra. Sus libros **Dibujos de ciego**, **Quinta Estación**, **Arte poética**, **Poesías completas y algunas prosas**, **Pequeña sinfonía del nuevo mundo**, definen su abordaje a la realidad, a las metáforas con que la realidad se expresa en grandes poetas como él. Luis Cardoza y Aragón es desafecto a los dogmatismos -en arte, en poesía, en política- como lo era Vladimiro Maiacovsky, el poeta futurista soviético, con el que alguna vez tomó un café en un bar de París.

Recuerdo su fina silueta por las calles de México o saliendo del museo de Rufino Tamayo, acerca de quien escribió un libro esclarecedor. Supe de sus trabajos solidarios, de su coraje civil, de su insobornable culto a la verdad. Hombre de palabra. Y de mucho humor también, que se transformó en arma contra los tontos, los necios, los sabelotodos del arte, la poesía o la política.

Por el río de la memoria o cruzando aquel otro de la realidad, hacia su Guatemala, siempre vuelve don Luis Cardoza y Aragón. Con las vidas que enriquecieron su vida; las que él recrea como una novela interminable. □

Pedro Orgambide



¿Qué chico no dibujó en su cuaderno la casa de Tucumán?. De tanto dibujarla, uno la sabía de memoria. Hasta conocía pequeñas trampas para reproducir su arquitectura. Por ejemplo, entrelazar una serie de ochos, en forma vertical, a cada lado de la puerta y obtener, así, el dibujo de las columnas. Uno creía que la Historia era tan sólida como los cimientos de esa casa. Tan generosa, también, ya que, según la maestra, sus dueños habían unido dos salones, tirando un tabique, para que los representantes del pueblo pudieran estar cómodos.

Un 9 de julio, en esa casa, a las dos de la tarde, comenzaron a sesionar los congresales. En presencia del pueblo, como recuerdan las crónicas. En las galerías y en el salón adyacente, -apunta Groussac- se confundían, por primera vez, la "nobleza y la plebe". No sé a qué clase de nobleza se refiere el polígrafo. Seguramente alude a la gente acomodada.

El lenguaje, claro está, no es inocente. Pero lo cierto es que unos y otros habían entrado en la casa, que sentían suya, por derecho propio, mientras duraran las sesiones. Y cuando el secretario Paso preguntó a los representantes de las Provincias Unidas, si querían que ellas fuesen "una nación libre e independiente de los reyes de España", la respuesta fue unánime: sí.

Con qué orgullo escuchábamos, cuando chicos, esa lección de civismo. Podíamos imaginar, también, a las tropas de la guarnición, soldados no muy distintos de esos gauchos pobres, de a caballo, que no se mezclaban cuando había que entrarle a los realistas.

Eran lo mismo, sentíamos que eran lo mismo en ese entonces. Groussac (lo cito a él, pero fueron muchos los que escribieron la Historia a su modo) separa a los "decentes" de los cortejos oficiales, de la gente común que llenaba las calles, las pulperías, los patios de tierra, donde se bailaban y cantaban los primeros cielitos.

Algunos "decentes" pensaron que se po-

día cambiar un amo por otro; escribir la Historia a su gusto, omitir a los caudillos, a las modestas industrias del Interior, a su gente. No pensaba lo mismo San Martín, que había puesto muchas esperanzas en aquel Congreso; en lo que se decidiera en esa casa.

Una casa abierta al pueblo, que algunos serviciales trataron de cerrar bien pronto. Ya se empezaba a hablar de negocios, bajo las guirnaldas de flores del festejo, entre el ir y venir del baile de salón, con música de fortepiano y violín. No sé si se decía en esa época que había que poner la casa en orden, como ahora. Desde luego, no era el mismo orden el que deseaban los sectores del privilegio, los "decentes", que el pueblo reunido en Tucumán, como antes, en 1810, en la Plaza de Mayo.

Para los pocos, el orden significaba sometimiento: a las economías de ultramar, al latifundio, a las costumbres heredadas de la Colonia. Alberdi recordaba que en ciertas casas porteñas, los loros seguían repitiendo: "¡Viva el Rey!". Sus amos no habían tenido tiempo de enseñarles, aún, las consignas republicanas.

Y, como sus loros, aunque con otro discurso, los patrones repetían lo mismo: cuidar la estancia, los títulos de propiedad o los ilusorios blasones de familia (lo que Groussac llama "nobleza") mientras el pobrerío ("la chusma", decían ellos entonces, como hoy) iba a pelear con Belgrano, con Rondeau, con San Martín. Por nada. Porque querían ser libres, simplemente.

Y ellos querían la casa en orden, cómo no. El rancho limpio. Y una escuela. Y también justicia. Es cierto: a los más indómitos, no siempre les fue bien. A unos los estaquearon, otros fueron a parar al cepo. Pero no arriaron la bandera de su dignidad. Como Falucho, casi un nadie, un pobre negro.

Es verdad, también, que ellos no escribieron la Historia. La hicieron. Cada día. Que pudo ser un 9 de julio, en Tucumán. □

LA HISTORIA DE TODOS

LA CASA EN ORDEN (1816)

por Pedro Orgambide



AVISOS EN INGLES (1826-1832)

LA HISTORIA DE TODOS



A veces parece que la Historia y el Tiempo se hubiesen detenido. Ocurre cuando uno hojea los diarios tradicionales, de las llamadas familias patricias.

Y esto es más fuerte y notorio al llegar a los avisos. Todo permanece inmóvil: estancias, vacas, haras, reflexiones, apellidos. Solo cambian los precios. Como si el ayer y el hoy, fueran lo mismo. Es una ilusión, claro.

En medio de los dramas nacionales, las fotos frívolas de un cóctel, una exposición, personas de alta sociedad, desfile de modas.

¿Siempre fue así?

En todo caso, es parte del llamado "periodismo moderno" del siglo XIX, que tuvo, en el Río de la Plata, a un alto exponente: **The British Packet and Argentine News**, que se publicó entre 1826 y 1858. Es decir, durante un período muy amplio y conflictivo de nuestra Historia.

Pero quiero detenerme en los avisos, en la publicidad que trae ese periódico entre los años 26 y 32 del siglo pasado. Es curioso: ya entonces la publicidad era una metáfora del consumo, una incitación al buen vivir, en medio de las miserias de la realidad, las guerras civiles, la amenaza del Brasil, combates navales, malones y otros inconvenientes.

En el atareado 1826, encontramos este anuncio publicado en **The British Packet**:

TEA GARDEN

El señor Palmer informa a sus amigos y al público, que ha abierto una casa de té, cerca de la iglesia de la Recoleta, en la quinta conocida como "Quinta de Sandoval"; allí brindará a todos los que lo favorezcan con sus pedidos, té, café y toda clase de frutas de la estación. También admitirá pensionistas e inquil-

por Pedro Orgambide

nos, a precios razonables y espera que sus infatigables esfuerzos dejarán satisfechos a todos. También tiene un buen establo, donde los caballos de los clientes serán cuidados con el único costo del pasto, grano o alimento que quieran darles. Se ofrece también el local para realizar banquetes a precios razonables, con previa reserva.

Es un buen aviso, digo, como ex publicitario. Informa bien, no exagera. Muy correcto. Redactado por un caballero inglés, seguramente. Está como una isla en un contexto lleno de peligros, entre la noticia de una nueva línea de fortines y el envío (ya entramos en 1827) de un grupo de caballeros "para presentar la Constitución a las provincias disidentes".

En fin, problemas nunca faltan. Pero por suerte, para la señora de la casa, se publica el aviso que dice: **Se necesitan dos sirvientas para una casa inglesa. Calle de las Piedras N° 43.**

En 1828, el mapa de la República, muestra diferentes focos de rebelión y descontento. Las potencias extranjeras, como siempre, quieren sacar partido de nuestros desencuentros y debilidades como país casi recién nacido. Pero para un sector de este país, entonces, como ahora, los problemas son otros. Por ejemplo: vender su mobiliario: **un excelente surtido, que se venderá a dinero de contado y a la mejor postura; un excelente piano; mesa para comedor que admite hasta 40 per-**

sonas; mesas de arrimo y para sofá y otros destinos; mesas de la India para servicio; alfombras de jergón y triple rizado; magníficos marcos de mármol blanco y negro para chimeneas; cuadros y espejos de sala; escritorios portátiles de caoba; lavatorios; copiadores y cartas y otros útiles de escritorio.

Sigue la guerra, sigue la tristeza, pero en 1829, se puede beber un buen vino de Valdepeña de la Mancha, a siete pesos la docena. Y el señor José G. Davis se propone abrir una escuela de danzas. En la calle de la Catedral, N° 30, se ofrece "un interesante surtido de mercaderías anglo-japonesa". Los de la "plata dulce" de entonces, corren a comprar. De Rivadavia a Rosas. El país está cambiando, desangrándose, tratando de recomponer su geografía, su estabilidad. Los negros candomberos ganan las calles de Buenos Aires y los caballeros se asustan. Pero en la calle Piedad pueden ver un "surtido de guantes, de calidad muy superior, color negro y blanco, de cabritilla". Corre el año 1831, 1832. No todo es bota de potro. Un aviso anuncia, con tres signos de admiración al final de su título:

ZAPATOS INGLESSES!!!

Genuinos y fuertes zapatos ingleses, abotinados, de la mejor calidad. Se venden en el negocio del Sr. HAYTON. N° 62, calle de Canallo.

Y, sí: cada uno ve la Historia cómo puede. Según la horma de su zapato. Según su dolor. Y a veces en patas.

Lo mismo que ahora. □

En 1871, en los días aciagos de la fiebre amarilla, un médico extranjero, robó 9.000 pesos a su paciente moribundo.

No es raro; la desgracia y el saqueo, suelen correr en yunta por la Historia.

En ese entonces, algunas familias acomodadas solían decir: "nos vamos pal Norte", con un sentido geográfico preciso: se exiliaban en las quintas. Pero muchos se quedaron en la ciudad diezmada por la peste. Y nombres ilustres figuran en la Comisión Popular, que se formó entonces para dar auxilio a los sobrevivientes.

Entre esos hombres de la Comisión Popular estaba el poeta Guido y Spano, implacable crítico de la Triple Alianza durante la guerra con el Paraguay, hijo de un general de la Independencia y amigo de José Hernández. Me complace imaginar al poeta en esa militancia civil, junto a los carreros, los peones, los médicos e improvisados enfermeros, que entablaban una lucha desigual con la peste.

He nacido en Buenos Aires.

¡Qué me importan los desaires

con que me trate la suerte!

diría en su famosa trova. Y aquel hijo de la Ciudad, que comprendía al Interior, ese "argentino hasta la muerte" que alzaba su voz por los hermanos paraguayos, estaba allí, peleando la muerte cierta de sus semejantes, que pudo ser la suya. Solidario. Fiel a su pensamiento. Dicen que los pueblos, como los amigos, se prueban en la adversidad. En aquel 1871, el pueblo se probó otra vez. Y hubo grandezas y mezquindades, como la del poeta entre todos y el médico ladrón.

Dos actitudes, dos maneras de enfrentar una situación extrema.

Hoy, los pudientes no guardan su dinero debajo de la almohada. Lo llevan a las mesas de dinero. No todos, claro está. Pero son demasiados los aprovechados, los magos de la "plata dulce" para quienes los otros: los trabajadores, son una molestia. "Siempre quieren más", dicen. Siempre quieren comer.

Entretanto, hábiles forasteros sacan el dinero debajo de la almohada. Hoy, la patética y macabra figura de aquel ladrón de 1871, se confunde con las de los pulcros acreedores de la deuda externa. Porque para algunos el drama de todos, importa menos que la cotización del dólar. Durante años se acostumbraron a cerrar los ojos o hacerse los distraídos, ocupados en atender sus propios negocios. Al fin, la peste estaba afuera y no los tocaba. Importaba el dólar o cualquier divisa fuerte. Como en el siglo XIX la libra esterlina, que nunca vió la peonada, naturalmente, sino los gestores del negociado de las carnes.

Es una vieja historia, sí. Yo la viví en parte, desde chico, cuando veía pasar a los hambrientos, los desocupados, los pobres que hacían cola para la olla popular en los años 30. Ellos eran las víctimas de esa vieja historia del saqueo. Yo no lo comprendía entonces, pero mi padre me trató de explicar el sentido de esa historia el día que asesinaron a Lisandro de la Torre. Otro día, lo recuerdo bien, lo vi llorar junto a otros desocupados en un mercado de La Boca, mientras oía al joven que cantaba:

¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?

¿Dónde hay un mango, que lo ando
buscando con lupa y linterna?

Malos tiempos. Porque la Década Infame también era eso: no solo el fraude y la represión. Y es verdad: la falta de dinero pone nerviosa a la gente. "Es peor que la peste", como decían en mi barrio.

No, no es peor. Pero así como en 1871, la gente se reunió en una efectiva Comisión Popular, que trabajó con abnegación, con heroísmo. También hoy, frente a la crisis, es necesario unirse. Para defender el pan, el trabajo, la democracia con justicia. Para que no nos devoren "los de afuera", como decía El Cantor. Para vivir en salud, como querían nuestros mayores. □

LA HISTORIA DE TODOS

LA PESTE Y EL ORO (1871)



por Pedro Orgambide

EL ESCRITOR ENTRE TODOS

JOSÉ PEDRONI

Fue el poeta del trabajo, de la solidaridad, del pan compartido. El poeta de "la invasión gringa" también, de los inmigrantes que, como sus padres, llegaron a estas tierras, arrojados del mundo viejo, de las hambrunas y las persecuciones.

**Hoy nadie llegaría
Pero ellos llegaron.
Sumaban mil doscientos.
Cruzaron el Salado.**

Eran campesinos, carpinteros, algún fotógrafo. Esa fue la gente que conoció Pedroni en su infancia, a la que permaneció fiel durante toda su vida. Nacido en Gálvez, en la provincia de Santa Fe, en 1899, asistió al crecimiento de Esperanza, población con nombre clave para él. Fue su cantor. También un vecino respetado y amado por su comunidad. Allí murió en 1967.

Algunos recuerdan a Pedroni impulsando las carreras de bicicleta, las actividades del club social y deportivo o levantándose muy temprano para cumplir sus tareas contables en una fábrica de Esperanza. Una vida no muy distinta de la gente que él llevó a su poesía, la de esos peones y chacareros que descendían de los pioneros que venían del otro lado del mar:

**Su carga estaba ahora
en un convoy de carros;
relumbre de guadañas,
desperezo de arados,
hachas, horquillas,
palos;
algún fusil alerta
nacido en el camino
algún niño llorando.**

No lo encandiló la ciudad, "las luces del centro" de Buenos Aires, el elogio de Leopoldo Lugones en *La Nación*, cuando lo llamó "hermano luminoso", al leer, en 1925, un libro de Pedroni: *Gracia plena*. Siguió junto a los suyos. Interesándose en la vida de sus

comprovincianos, sus vecinos. Muy pronto descubrió la injusticia. Y tomó partido por los más humildes, por los que deseaban transformar el mundo. Soñó un mundo igualitario, que expresó con belleza:

**las ventanas sin rejas
de los creadores pacíficos ...
¡Qué hermosos días para todos!
Será domingo.**

Pero los domingos tardan en llegar a la Historia.

La preocupación social y política de Pedroni, se unió bien a su lirismo. Sin contradicciones. Siguió cantando la odisea de los inmigrantes (*El pan nuestro*, 1944; *Monsieur Jaquin*, 1956) y sin sectarismos pudo admirar la patria de Waldo Frank, señalando, a la vez, la prepotencia imperialista de los Estados Unidos en *Cantos del Hombre* (1960). Ese mismo año, publica su *Canto a Cuba*.

El vecino de Esperanza tenía los ojos abiertos al mundo y nunca ocultó sus convicciones. Por eso no necesitó de ningún declaracionismo. Para él, la política, como el amor, como el trabajo, formaban parte de "las cosas sencillas y primordiales".

Su madre o su esposa no eran distintas de las que él había cantado en sus poemas:

**El trigo lo traían las mujeres
en el pelo dorado
Hojas de viejos libros
volaban sobre el campo.**

Y pudo ver el rostro de sus padres en las caras curtidas de otros hombres. Como cuando vió al viejo Stura, con los muebles tirados en el camino.

**Era como mi padre en medio de la calle
con todos sus martillos.**

Desde su libro inicial: *La gota de agua* (1923) al último: *El nivel de la lágrima* (1963) realizó una obra donde la transparencia se hizo lenguaje. Obra sin estridencias, sencilla y clara, como la convicción y la paciencia de los hombres que cantó. □

por Pedro Orgambide





NEGROS

por
Pedro
Orgambide

El uruguayo Vicente Rossi, hijo de un genovés y una argentina, nacido en 1871 en el departamento de Canelones de la República Oriental del Uruguay y aquerenciado en la capital de Córdoba, desde 1898, fue el primero, creo, en reflexionar largamente, sobre el "odio de raza" y "de color".

Lo hizo en su libro *Cosas de negros*, (1926) muy citado por Borges e indispensable para conocer los orígenes del tango. Allí Rossi distingue el "odio de raza" que se dramatiza en "la persecución a los compatriotas de Jesús, los judíos" del "odio de color" que "se desarrolla en tierras de América". Ambos están muy presentes desde el tiempo del Descubrimiento, como lo prueba una cédula real de 1501 en que se ponen condiciones para llevar al Nuevo Mundo "negros y caballos" y otras referidas a los marranos o conversos de España.

Como se ve, la historia del prejuicio y la intolerancia viene de muy lejos. Para el memorialista del tango, hay una omisión interesada de la figura del negro no solo en nuestra Historia (su participación en las guerras de Independencia, en las montoneras gauchas, en la cultura popular) sino también en otras partes de América. Por eso hace el elogio de "negros formidables como Maceo, los hermanos Cáceres y otros famosos jefes negros, con ejércitos invictos de negros heroicos, que levantaron y sostuvieron en Cuba el pendón de la libertad". Esta vindicación del negro va más allá de lo pintoresco, esa imagen aceptada de vendedores de empanadas y pasteles de las láminas escolares. Exige una revisión, sin duda, un esfuerzo por recuperar la memoria de todos.

Es cierto que aquí la esclavitud tuvo formas mucho menos cruentas que en otros países hermanos, como Brasil. El negro se asimiló a las tareas domésticas, se aficionó a la música. Y peleó, como se sabe, por la libertad de todos. No obstante sufrió el menosprecio. Hasta acceder al catecismo, al menos "hasta que se naturalizan de este modo -escribe el cronista Alejandro Gillespie, en 1807- los negros africanos y sus hermanos nacidos en América, son estigmatizados por el vulgo, como infieles y bárbaros".

El negro supo que la libertad no era una dádiva, que debía pelear por conseguirla. Por eso se entremetió en la luchas civiles y anduvo por Villa Purificación, hacia 1815, en la Banda Oriental, junto al general Artigas y también por Entre Ríos. Era uno más, entre los criollos, los gauchos y los indios charrúas.

Hacia fines del siglo XIX, no son pocos los negros que integran las listas de "vagos y mal entretenidos" de las guardias nacionales y los jueces de paz de la campaña. Pendencias de pulpería, robos menores o el simple andar sin licencia, les son endilgados, con o sin razón. Y aparece otra vez el "odio de color" del que habla Rossi, el menosprecio del que ni se salva El Moreno, en su histórica payada con Martín Fierro.

A comienzos de este siglo, en Buenos Aires, en la Ciudad Opulenta, es de buen tono tener servidumbre morena o vestir de librea a los ordenanzas "de color" del Congreso. Hay barberos, también, lustrabotas, músicos, trabajadores de curtiembre, changarines y vendedores ambulantes.

El eufemismo "moreno" amengua lo despectivo de "negro", que, curiosamente, se endilga, décadas después, a la llegada del peronismo, al hombre de provincias. Curiosa transmutación: el "odio de color" se hace odio de clase. Iguala, desde el prejuicio, lo que la realidad impone. "Volviéron los negros", se escucha ahora. Y algunos dicen que esa desventura es culpa de "la sinagoga radical". El prejuicio otra vez, manejado por los sectores más retardatarios, que a falta de cédulas reales, cepo y hoguera, intentan desprestigiar el libre ejercicio de la voluntad popular.

Lo de siempre. En 1813, cuando se abolía la esclavitud en estas tierras, se oyeron voces semejantes. Entretanto, en la Banda Oriental, frente a la plaza sitiada, otras voces de gauchos, indios y negros, entonaban su convicción:

**Cielito, cielo que sí,
no se necesitan Reyes
para gobernar los hombres,
sino benéficas leyes.**

Más o menos, lo mismo que hoy.□

En 1871, en los días aciagos de la fiebre amarilla, un médico extranjero, robó 9.000 pesos a su paciente moribundo.

No es raro; la desgracia y el saqueo, suelen correr en yunta por la Historia.

En ese entonces, algunas familias acomodadas solían decir: "nos vamos pal Norte", con un sentido geográfico preciso: se exiliaban en las quintas. Pero muchos se quedaron en la ciudad diezmada por la peste. Y nombres ilustres figuran en la Comisión Popular, que se formó entonces para dar auxilio a los sobrevivientes.

Entre esos hombres de la Comisión Popular estaba el poeta Guido y Spano, implacable crítico de la Triple Alianza durante la guerra con el Paraguay, hijo de un general de la Independencia y amigo de José Hernández. Me complace imaginar al poeta en esa militancia civil, junto a los carreros, los peones, los médicos e improvisados enfermeros, que entablaban una lucha desigual con la peste.

He nacido en Buenos Aires.

¡Qué me importan los desaires

con que me trate la suerte!

diría en su famosa trova. Y aquel hijo de la Ciudad, que comprendía al Interior, ese "argentino hasta la muerte" que alzaba su voz por los hermanos paraguayos, estaba allí, peleando la muerte cierta de sus semejantes, que pudo ser la suya. Solidario. Fiel a su pensamiento. Dicen que los pueblos, como los amigos, se prueban en la adversidad. En aquel 1871, el pueblo se probó otra vez. Y hubo grandezas y mezquindades, como la del poeta entre todos y el médico ladrón.

Dos actitudes, dos maneras de enfrentar una situación extrema.

Hoy, los pudientes no guardan su dinero debajo de la almohada. Lo llevan a las mesas de dinero. No todos, claro está. Pero son demasiados los aprovechados, los magos de la "plata dulce" para quienes los otros: los trabajadores, son una molestia. "Siempre quieren más", dicen. Siempre quieren comer.

Entretanto, hábiles forasteros sacan el dinero debajo de la almohada. Hoy, la patética y macabra figura de aquel ladrón de 1871, se confunde con las de los pulcros acreedores de la deuda externa. Porque para algunos el drama de todos, importa menos que la cotización del dólar. Durante años se acostumbraron a cerrar los ojos o hacerse los distraídos, ocupados en atender sus propios negocios. Al fin, la peste estaba afuera y no los tocaba. Importaba el dólar o cualquier divisa fuerte. Como en el siglo XIX la libra esterlina, que nunca vió la peonada, naturalmente, sino los gestores del negociado de las carnes.

Es una vieja historia, sí. Yo la viví en parte, desde chico, cuando veía pasar a los hambrientos, los desocupados, los pobres que hacían cola para la olla popular en los años 30. Ellos eran las víctimas de esa vieja historia del saqueo. Yo no lo comprendía entonces, pero mi padre me trató de explicar el sentido de esa historia el día que asesinaron a Lisandro de la Torre. Otro día, lo recuerdo bien, lo vi llorar junto a otros desocupados en un mercado de La Boca, mientras oía al joven que cantaba:

¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?

¿Dónde hay un mango, que lo ando
buscando con lupa y linterna?

Malos tiempos. Porque la Década Infame también era eso: no solo el fraude y la represión. Y es verdad: la falta de dinero pone nerviosa a la gente. "Es peor que la peste", como decían en mi barrio.

No, no es peor. Pero así como en 1871, la gente se reunió en una efectiva Comisión Popular, que trabajó con abnegación, con heroísmo. También hoy, frente a la crisis, es necesario unirse. Para defender el pan, el trabajo, la democracia con justicia. Para que no nos devoren "los de afuera", como decía El Cantor. Para vivir en salud, como querían nuestros mayores. □

LA HISTORIA DE TODOS

LA PESTE Y EL ORO (1871)



por Pedro Orgambide